

TEXTOS PARA EVALUACIÓN DE VELOCIDAD LECTORA COLEGIO SAN JOAQUÍN

Las lecturas que se utilizan para controlar la velocidad lectora desde la Dirección del colegio, fueron elegidas por Ximena Torres Rodríguez, directora.

Las lecturas deben ser adecuadas para cada curso, esto quiere decir que se deben contemplar los siguientes puntos, al elegir el texto:

- Cantidad de palabras monosílabas, disílabas, trisílabas, polisílabas, presentes en el texto.
- Tamaño de la letra.
- Dificultad del vocabulario empleado.
- Separación de sílabas en una palabra.
- Ortografía puntual.

El siguiente cuadro corresponde a la lista de lecturas que se toman en el colegio San Joaquín para evaluar la velocidad lectora. Los alumnos son evaluados tres veces al año, a excepción de primero básico que sólo se mide a final de año. Es muy importante que los niños no conozcan previamente el texto, porque esto desvirtúa la medición de velocidad que se pretende realizar.

CURSO	ABRIL	AGOSTO	DICIEMBRE
1° básico			La casita de caramelo
2° básico	La abeja agradecida	La hormiguita cantora	La escuela del fondo del mar
3° básico	Encuentro con los amigos	Los dinosaurios	Aventuras del señor conejo
4° básico	Las plantas tienen vida	Viaje al centro de la tierra	Las estrellas
5° básico	Los ríos y las montañas de Chile	Los siete cabritos	El muñeco de Julián
6° básico	Historias de los amigos de Azulina	Amanecer	El anillo del pastor
7° básico	Infancia y poesía	Los mares de Chile	Frontera norte
8° básico	La feria de Chillán	Cabo de Hornos	Atardecer

En las siguientes páginas podrán encontrar los textos anteriormente señalados, en dos versiones. Una de ellas está acompañada por el número de palabras y puntuaciones del texto, de manera de facilitar el conteo para el examinador. La otra corresponde al texto que leerá el alumno.

La abeja agradecida.

4

Una linda paloma blanca había ido a posarse en la rama de un árbol, junto al cual corría un limpio arroyo. De pronto una abejita se acercó a beber, pero resbaló y fue arrastrada por la corriente.

12

24

34

43

45

La paloma, que había visto lo sucedido, voló hacia ella y pudo sacarla con el pico.

55

64

Poco después un cazador, al divisar a la paloma, se dispuso a darle muerte. Rápidamente acudió la abeja y, para salvar a su bienhechora, fue a picar la mano del hombre.

75

83

95

101

Por efecto del dolor el cazador sacudió el brazo, fallando así el disparo.

111

116

La linda palomita blanca acababa de recibir una hermosa recompensa por su buena acción.

123

131

La abeja agradecida.

Una linda paloma blanca había ido a posarse en la rama de un árbol, junto al cual corría un limpio arroyo. De pronto una abejita se acercó a beber, pero resbaló y fue arrastrada por la corriente.

La paloma, que había visto lo sucedido, voló hacia ella y pudo sacarla con el pico.

Poco después un cazador, al divisar a la paloma, se dispuso a darle muerte. Rápidamente acudió la abeja y, para salvar a su bienhechora, fue a picar la mano del hombre.

Por efecto del dolor el cazador sacudió el brazo, fallando así el disparo.

La linda palomita blanca acababa de recibir una hermosa recompensa por su buena acción.

ENCUENTRO CON LOS AMIGOS.

5

Pablo caminaba rumbo al colegio.

Estaba contento, aunque un poco preocupado.

En el camino iba pensando. ¿Cómo estarán mis compañeros? ¿Quién será mi profesora? ¿Cómo me irá este año?

Mientras se hacía estas preguntas, casi sin darse cuenta, llegó al colegio.

Una vez en el patio, sus compañeros lo vieron y corrieron a saludarlo. Al encontrarse entre amigos, olvidó sus preocupaciones.

Todos hablaban al mismo tiempo, haciendo muchas preguntas y tratando de contar lo que había hecho durante las vacaciones.

Mientras conversaban alegremente, sonó la campana llamándolos a clase.

Al entrar a la sala de tercero, tuvieron la agradable sorpresa de ver a la señorita Marcela, su profesora del año anterior, que los esperaba sonriente.

11

19

31

42

44

53

69

71

81

83

91

101

104

111

115

126

138

145

ENCUENTRO CON LOS AMIGOS.

Pablo caminaba rumbo al colegio.

Estaba contento, aunque un poco preocupado.

En el camino iba pensando. ¿Cómo estarán mis compañeros? ¿Quién será mi profesora? ¿Cómo me irá este año?

Mientras se hacía estas preguntas, casi sin darse cuenta, llegó al colegio.

Una vez en el patio, sus compañeros lo vieron y corrieron a saludarlo. Al encontrarse entre amigos, olvidó sus preocupaciones.

Todos hablaban al mismo tiempo, haciendo muchas preguntas y tratando de contar lo que había hecho durante las vacaciones.

Mientras conversaban alegremente, sonó la campana llamándolos a clase.

Al entrar a la sala de tercero, tuvieron la agradable sorpresa de ver a la señorita Marcela, su profesora del año anterior, que los esperaba sonriente.

LAS PLANTAS TIENEN VIDA

4

Además de los animales, existen otros seres con vida que viven fijos a la tierra, de la que se alimentan. Son las hierbas, arbustos y árboles, que reciben el nombre de plantas o vegetales.

Sin las plantas, no tendríamos alimentos vegetales, no vivirían los animales, no habrían casas, ni barcos, ni aire puro. Sin las plantas no podríamos vivir.

Existen muchas clases de plantas.

Unas se distinguen por su gran tamaño, como el roble, el álamo y el pino. Otras son medianas, como el rosal y el limonero. Algunas son pequeñas, como el musgo de los prados.

A las plantas les ocurre lo mismo que a los animales, pues como tienen vida, nacen, crecen, se alimentan, respiran, tienen hijos, envejecen y mueren.

A diferencia de los animales, que se trasladan de un lugar a otro y tienen órganos de los sentidos, las plantas viven fijas y no tienen sentidos.

Algunas plantas sólo duran un año o menos, y otras pasan de cien años de vida.

17

36

44

56

73

76

82

98

113

122

136

152

155

170

183

185

199

203

(fragmento)
Elio Arrechea
español

LAS PLANTAS TIENEN VIDA

Además de los animales, existen otros seres con vida que viven fijos a la tierra, de la que se alimentan. Son las hierbas, arbustos y árboles, que reciben el nombre de plantas o vegetales.

Sin las plantas, no tendríamos alimentos vegetales, no vivirían los animales, no habrían casas, ni barcos, ni aire puro. Sin las plantas no podríamos vivir.

Existen muchas clases de plantas.

Unas se distinguen por su gran tamaño, como el roble, el álamo y el pino. Otras son medianas, como el rosal y el limonero. Algunas son pequeñas, como el musgo de los prados.

A las plantas les ocurre lo mismo que a los animales, pues como tienen vida, nacen, crecen, se alimentan, respiran, tienen hijos, envejecen y mueren.

A diferencia de los animales, que se trasladan de un lugar a otro y tienen órganos de los sentidos, las plantas viven fijas y no tienen sentidos.

Algunas plantas sólo duran un año o menos, y otras pasan de cien años de vida.

(fragmento)
Elio Arrechea
español

LOS RÍOS Y LAS MONTAÑAS DE CHILE.

8

Casi todos los ríos chilenos tienen su nacimiento en la Cordillera de los Andes, con deshielos que se juntan en represas naturales y forman lagos profundos, encerrados por altos murallones de montañas. En seguida se despeñan hacia el mar con brusquedad de avalancha, buscando su camino entre profundas quebradas y cerros. Se aquietan en las mesetas y valles hasta unirse al mar con relativa tranquilidad. Su camino es corto y violento.

Nada más hermoso que el curso de estos ríos en su etapa inicial de la montaña. Sus aguas transparentes como el cristal saltan entre las peñas, estrellándose contra las rocas en hirvientes abanicos de espuma; cambian su curso cada veinte metros, se abalanzan en cascadas que cantan y rugen imitando las tonalidades de la voz humana, ya roncas y profundas, ya claras y ligeras, amplificadas hasta el infinito por el eco de los inmensos desfiladeros montañoses. Arbustos en las alturas y añosos árboles al acercarse al llano, reciben la caricia fría de la corriente y van mostrando sus raíces, hasta que un día, cansados, desfallecen y caen al agua.

20

33

45

57

70

84

86

100

112

124

136

150

166

176

191

206

208

(fragmento)

Fernando Santiván
chileno

LOS RÍOS Y LAS MONTAÑAS DE CHILE.

Casi todos los ríos chilenos tienen su nacimiento en la Cordillera de los Andes, con deshielos que se juntan en represas naturales y forman lagos profundos, encerrados por altos murallones de montañas. En seguida se despeñan hacia el mar con brusquedad de avalancha, buscando su camino entre profundas quebradas y cerros. Se aquietan en las mesetas y valles hasta unirse al mar con relativa tranquilidad. Su camino es corto y violento.

Nada más hermoso que el curso de estos ríos en su etapa inicial de la montaña. Sus aguas transparentes como el cristal saltan entre las peñas, estrellándose contra las rocas en hirvientes abanicos de espuma; cambian su curso cada veinte metros, se abalanzan en cascadas que cantan y rugen imitando las tonalidades de la voz humana, ya roncas y profundas, ya claras y ligeras, amplificadas hasta el infinito por el eco de los inmensos desfiladeros montañoses. Arbustos en las alturas y añosos árboles al acercarse al llano, reciben la caricia fría de la corriente y van mostrando sus raíces, hasta que un día, cansados, desfallecen y caen al agua.

(fragmento)
Fernando Santiván
chileno

HISTORIA DE LOS AMIGOS DE AZULINA

6

Resulta que Azulina estaba muy triste y que en el patio último de la casa – allí donde la señora Parra se empina sobre cuatro rodrigones – no hacía la niña otra cosa que estarse muy quieta sentada en su sillita, mano sobre mano, mirando con ojos distraídos no se sabía qué. No jugaba con los hermanos, no paseaba la muñeca en el coche, no tejía cantando esas alegres tonadas que embelesaban el Jilguero, no reía a la par que el agua del surtidor. A tanto llegó el ensimismamiento de la niña, que muy de mañana hubo un conciliábulo en el patio.

El primero en hablar fue el Jilguero. Dijo:
- ¿Qué tendrá Azulina? ¿Estará enferma?

- No, porque entonces la dejarían en su camita, como en el invierno, cuando se resfrió. Debe tener una grave preocupación – contestó la señora Parra, que sabía mucho.

- Y ¿cómo podremos averiguar lo que acontece? – Esto lo dijo el Grillo, que estaba ya asomado a la puerta diminuta de su casa.

21

34

48

63

77

93

108

115

124

133

149

162

166

180

192

(fragmento)
Marta Brunet
chilena

HISTORIA DE LOS AMIGOS DE AZULINA

Resulta que Azulina estaba muy triste y que en el patio último de la casa – allí donde la señora Parra se empina sobre cuatro rodrigones – no hacía la niña otra cosa que estarse muy quieta sentada en su sillita, mano sobre mano, mirando con ojos distraídos no se sabía qué. No jugaba con los hermanos, no paseaba la muñeca en el coche, no tejía cantando esas alegres tonadas que embelesaban el Jilguero, no reía a la par que el agua del surtidor. A tanto llegó el ensimismamiento de la niña, que muy de mañana hubo un conciliábulo en el patio.

El primero en hablar fue el Jilguero. Dijo:

- ¿Qué tendrá Azulina? ¿Estará enferma?

- No, porque entonces la dejarían en su camita, como en el invierno, cuando se resfrió. Debe tener una grave preocupación – contestó la señora Parra, que sabía mucho.

- Y ¿cómo podremos averiguar lo que acontece? – Esto lo dijo el Grillo, que estaba ya asomado a la puerta diminuta de su casa.

(fragmento)
Marta Brunet
chilena

INFANCIA Y POESÍA

Para saber y contar y contar para saber... tengo que empezar así esta historia de aguas, plantas, bosques, pájaros, pueblos, porque eso es la poesía, por lo menos mi poesía.

Mi padre fue ferroviario de corazón. Mi madre podía distinguir en la noche, entre los trenes, el tren de mi padre que llegaba o salía de la estación de Temuco.

Pocos saben lo que es un tren lastrero. En la región austral, de grandes vendavales; las aguas se llevarían los rieles si no les echaran piedrecillas entre los durmientes, sin descuidarlos en ningún momento. Hay que sacar con capachos el lastre de las canteras y volcar la piedra menuda en los carros planos. Hace cuarenta años la tripulación de un tren de esta clase tenía que ser formidable. Tenía que quedarse en los sitios aislados picando piedra. La cuadrilla estaba formada por gigantescos y musculosos peones. Venían de los campos, de los suburbios. Mi padre era el conductor del tren. A veces me arrebatava del colegio y yo me iba en el tren lastrero. Picábamos piedras en Boroa, corazón silvestre de la frontera, escenario de los terribles combates españoles y araucanos.

La naturaleza allí me daba una especie de embriaguez. Yo tendría unos diez años, pero ya era poeta. No escribía versos, pero me atraían los pájaros, los escarabajos, los huevos de perdiz. Era milagroso encontrarlos en las quebradas, empavonados, oscuros y relucientes, con un color parecido al del cañón de una escopeta. Me asombraba la perfección de los insectos. Recogía las madres de la culebra. Con este nombre extravagante se designa al mayor coleóptero, negro, bruñido y fuerte, el titán de los insectos de Chile. Estremece verlo de pronto en los troncos de los maquis y de los manzanos silvestres, de los coigües, pero yo sabía que era tan fuerte que podía pararme con mis dos pies sobre él y no se rompería. Con su gran dureza defensiva no necesitaba veneno.

3

17

33

41

56

73

75

91

104

117

131

145

158

170

188

203

217

222

235

251

264

277

291

304

320

335

351

368

374

(fragmento)
Pablo Neruda
chileno

INFANCIA Y POESÍA

Para saber y contar y contar para saber... tengo que empezar así esta historia de aguas, plantas, bosques, pájaros, pueblos, porque eso es la poesía, por lo menos mi poesía.

Mi padre fue ferroviario de corazón. Mi madre podía distinguir en la noche, entre los trenes, el tren de mi padre que llegaba o salía de la estación de Temuco.

Pocos saben lo que es un tren lastrero. En la región austral, de grandes vendavales; las aguas se llevarían los rieles si no les echaran piedrecillas entre los durmientes, sin descuidarlos en ningún momento. Hay que sacar con capachos el lastre de las canteras y volcar la piedra menuda en los carros planos. Hace cuarenta años la tripulación de un tren de esta clase tenía que ser formidable. Tenía que quedarse en los sitios aislados picando piedra. La cuadrilla estaba formada por gigantescos y musculosos peones. Venían de los campos, de los suburbios. Mi padre era el conductor del tren. A veces me arrebatava del colegio y yo me iba en el tren lastrero. Picábamos piedras en Boroa, corazón silvestre de la frontera, escenario de los terribles combates españoles y araucanos.

La naturaleza allí me daba una especie de embriaguez. Yo tendría unos diez años, pero ya era poeta. No escribía versos, pero me atraían los pájaros, los escarabajos, los huevos de perdiz. Era milagroso encontrarlos en las quebradas, empavonados, oscuros y relucientes, con un color parecido al del cañón de una escopeta. Me asombraba la perfección de los insectos. Recogía las madres de la culebra. Con este nombre extravagante se designa al mayor coleóptero, negro, bruñido y fuerte, el titán de los insectos de Chile. Estremece verlo de pronto en los troncos de los maquis y de los manzanos silvestres, de los coigües, pero yo sabía que era tan fuerte que podía pararme con mis dos pies sobre él y no se rompería. Con su gran dureza defensiva no necesitaba veneno.

(fragmento)
Pablo Neruda
chileno

LA FERIA DE CHILLÁN

Chillán viejo, la ciudad vergel, manda muy temprano sus carretas cargadas de hortalizas, y frutas de dulce y matizada pulpa. Desde las haciendas entran la chuchoca dorada que da calidad a la comida criolla y, como se ha dicho, toda clase de cereales. Todos los jardines de la ciudad y alrededores vacían en la feria su perfumada y fina policromía. Se reúnen de ese modo, en la plaza, el aliento urbano con el de la selva.

Y es tan grande el movimiento, que a las siete de la mañana no cabe nada más. Y hay tanto ruido y tanto ir y venir, que la visión se colma de arabescos enloquecidos.

- ¡A la papa terrona, la papa doma, la papa pegüencha, la papa zambra-na, la papa amarilla, la papa canela...; la mejor papa de Chile la tengo por aquí! ¡Muy barata la buena papa, señorita!

- ¡Caserito, no pase hambre; el mejor causeo de la plaza lo tengo por aquí! ¡Pase a verme, se va a chupar los bigotes! ¡Con pebre rico la tengo el rico causeo de patas! ¡Arrollado le tengo!

- ¡Las tortillas de rescoldo de harina flor! ¡Con manteca, las tortillas! ¡Las tortillas con chicharrones, caserito; pase a llevar tortillas!

- No hay flores más lindas que las que le tengo, señorita... Los pensamientos dobles, las rosas fragantosas, las dalias, los claveles dobles... ¡Pasar a llevar las flores! ¡Fresquitas las flores, con roció las flores!...

4

16

31

47

62

78

91

108

127

129

144

162

173

189

200

219

237

248

262

276

293

(fragmento)
Antonio Acevedo H.
chilena

LA FERIA DE CHILLÁN

Chillán viejo, la ciudad vergel, manda muy temprano sus carretas cargadas de hortalizas, y frutas de dulce y matizada pulpa. Desde las haciendas entran la chuchoca dorada que da calidad a la comida criolla y, como se ha dicho, toda clase de cereales. Todos los jardines de la ciudad y alrededores vacían en la feria su perfumada y fina policromía. Se reúnen de ese modo, en la plaza, el aliento urbano con el de la selva.

Y es tan grande el movimiento, que a las siete de la mañana no cabe nada más. Y hay tanto ruido y tanto ir y venir, que la visión se colma de arabescos enloquecidos.

- ¡A la papa terrona, la papa doma, la papa pegüencha, la papa zambra, la papa amarilla, la papa canela...; la mejor papa de Chile la tengo por aquí! ¡Muy barata la buena papa, señorita!

- ¡Caserito, no pase hambre; el mejor causeo de la plaza lo tengo por aquí! ¡Pase a verme, se va a chupar los bigotes! ¡Con pebre rico la tengo el rico causeo de patas! ¡Arrollado le tengo!

- ¡Las tortillas de rescoldo de harina flor! ¡Con manteca, las tortillas! ¡Las tortillas con chicharrones, caserito; pase a llevar tortillas!

- No hay flores más lindas que las que le tengo, señorita... Los pensamientos dobles, las rosas fragantosas, las dalias, los claveles dobles... ¡Pasar a llevar las flores! ¡Fresquitas las flores, con roció las flores!...

(fragmento)
Antonio Acevedo H.
chilena

LA HORMIGUITA CANTORA.

4

La Hormiguita Cantora decidió enseñar a Polita, su pequeña sobrina, las maravillas y los peligros del mundo.

12

21

24

Una mañana salió con ella de la mano por el delgado camino que unía el hormiguero con el hongo del Duende Melodía. El Duende estaba encendiendo un braserillo y soplabla los carbones inflando sus mejillas como dos globos colorados. Se saludaron alegremente. La pequeña hormiga vio el fuego del brasero y preguntó:

34

42

50

57

65

72

80

- ¿Qué es esto colorado que se apaga y que se prende?

91

93

- ¡Jo, jo, jo! – rió el Duende, pregúntale a tu tía Hormiguita Cantora, ella tiene la obligación de contestarte, lo sepa o no.

108

116

123

(fragmento)
Alicia Morel

LA HORMIGUITA CANTORA.

La Hormiguita Cantora decidió enseñar a Polita, su pequeña sobrina, las maravillas y los peligros del mundo.

Una mañana salió con ella de la mano por el delgado camino que unía el hormiguero con el hongo del Duende Melodía. El Duende estaba encendiendo un braserillo y soplaba los carbones inflando sus mejillas como dos globos colorados. Se saludaron alegremente. La pequeña hormiga vio el fuego del brasero y preguntó:

- ¿Qué es esto colorado que se apaga y que se prende?

- ¡Jo, jo, jo! – rió el Duende, pregúntale a tu tía Hormiguita Cantora, ella tiene la obligación de contestarte, lo sepa o no.

(fragmento)
Alicia Morel

LOS DINOSAURIOS

En la prehistoria, antes de que apareciera el hombre sobre la tierra, había muchos reptiles; pero fueron los dinosaurios los que la dominaron durante un período que se prolongó por varios millones de años. Ningún otro animal, incluido el hombre, ha reinado en la tierra durante tanto tiempo.

Algunas personas creen que existía un solo tipo de dinosaurio pero, en realidad, había una gran variedad de ellos.

Los primeros eran pequeños y ágiles, sólo medían un Metro de largo y corrían rápidamente sobre sus patas traseras.

Algunos dinosaurios eran herbívoros. Otros eran carnívoros, sus patas tenían afiladas garras y poseían dientes filudos como cuchillos.

Estos animales alcanzaron gran estatura y peso, por lo que debían apoyarse sobre sus cuatro patas. Algunos, como el brontosaurio, llegaron a medir dieciocho metros y a pesar veinte toneladas.

Hace muchos millones de años, los dinosaurios desaparecieron repentinamente de la tierra. Se cree que murieron a causa de una epidemia, un cambio climático o, tal vez, porque cada vez era mayor el número de mamíferos que se comía los huevos de estos reptiles, impidiendo así que se reprodujera la especie.

Pero, en realidad, no se sabe la causa de su extinción.

2

12

23

32

42

54

57

66

79

89

98

100

107

117

121

131

141

151

156

164

174

188

198

209

214

228

LOS DINOSAURIOS

En la prehistoria, antes de que apareciera el hombre sobre la tierra, había muchos reptiles; pero fueron los dinosaurios los que la dominaron durante un período que se prolongó por varios millones de años. Ningún otro animal, incluido el hombre, ha reinado en la tierra durante tanto tiempo.

Algunas personas creen que existía un solo tipo de dinosaurio pero, en realidad, había una gran variedad de ellos.

Los primeros eran pequeños y ágiles, sólo medían un Metro de largo y corrían rápidamente sobre sus patas traseras.

Algunos dinosaurios eran herbívoros. Otros eran carnívoros, sus patas tenían afiladas garras y poseían dientes filudos como cuchillos.

Estos animales alcanzaron gran estatura y peso, por lo que debían apoyarse sobre sus cuatro patas. Algunos, como el brontosaurio, llegaron a medir dieciocho metros y a pesar veinte toneladas.

Hace muchos millones de años, los dinosaurios desaparecieron repentinamente de la tierra. Se cree que murieron a causa de una epidemia, un cambio climático o, tal vez, porque cada vez era mayor el número de mamíferos que se comía los huevos de estos reptiles, impidiendo así que se reprodujera la especie.

Pero, en realidad, no se sabe la causa de su extinción.

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de sol. Las facetas de las lava en las paredes lo recogieron y devolvieron convertido en una lluvia de chispitas.

- ¿Qué me dices, Alex? – preguntó mi tío - ¿Has pasado en tu vida alguna noche tan tranquila? No hay ruidos ni grito...

- El lugar es muy tranquilo, en efecto – repliqué -. Pero esta misma calma tiene algo trágico.

- No te apresures. Recién hemos bajado al nivel del mar. Puedes comprobarlo consultando el barómetro. Yo estoy deseando poder usar el manómetro.

- ¿No nos resultará perjudicial la presión?

- No, iremos bajando lentamente y nuestros pulmones se irán acostumbrando a respirar en una atmósfera más comprimida. Pero dejémonos ya de charla y busquemos el paquete que arrojé.

Hans miró atentamente a su alrededor con su buena vista de cazador y lo descubrió en una saliente, unos treinta metros encima de nosotros.

Poco después almorzamos frugalmente y regamos la comida con algunos tragos de ginebra. Mi tío anotó algunos datos en su cuadernillo de viaje y, señalándome solemnemente una galería oscura, anunció:

- Ahora, Alex, vamos hacia el centro de la tierra. Considera que en este momento comienza nuestro viaje.

Enseguida preparó lo necesario para procurarnos luz. Las galerías se iluminaron y cada cual se colocó su mochila. Alcé la cabeza y dirigí por última vez mis ojos hacia el inmenso tubo en el que se dibujaba el cielo de Islandia, temiendo no volver a verlo.

En la última erupción la lava se había abierto paso a través del túnel que atravesábamos. El interior estaba alfombrado por un barniz espeso y brillante que centuplicaba la intensidad de nuestra luz.

La marcha no era demasiado difícil. El único cuidado que teníamos que tener era el de no deslizarnos por la pendiente. Pero, por suerte, algunas hinchazones en la erosión formaban peldaños.

En las paredes, la lava porosa tomaba formas de ampollitas redondeadas y a nuestro paso cristales de cuarzo opaco suspendidos de la bóveda se encendían.

6

23

36

38

54

64

77

82

95

106

108

116

126

137

147

160

173

182

196

207

221

227

238

253

269

277

291

303

312

325

341

348

359

372

375

(fragmento)
Julio Verne
Francés

VIAJE AL CENTRO DE LA TIERRA

A las ocho de la mañana nos despertó un rayo de sol. Las facetas de las lava en las paredes lo recogieron y devolvieron convertido en una lluvia de chispitas.

- ¿Qué me dices, Alex? – preguntó mi tío - ¿Has pasado en tu vida alguna noche tan tranquila? No hay ruidos ni grito...

- El lugar es muy tranquilo, en efecto – repliqué -. Pero esta misma calma tiene algo trágico.

- No te apresures. Recién hemos bajado al nivel del mar. Puedes comprobarlo consultando el barómetro. Yo estoy deseando poder usar el manómetro.

- ¿No nos resultará perjudicial la presión?

- No, iremos bajando lentamente y nuestros pulmones se irán acostumbrando a respirar en una atmósfera más comprimida. Pero dejémonos ya de charla y busquemos el paquete que arrojé.

Hans miró atentamente a su alrededor con su buena vista de cazador y lo descubrió en una saliente, unos treinta metros encima de nosotros.

Poco después almorzamos frugalmente y regamos la comida con algunos tragos de ginebra. Mi tío anotó algunos datos en su cuadernillo de viaje y, señalándome solemnemente una galería oscura, anunció:

- Ahora, Alex, vamos hacia el centro de la tierra. Considera que en este momento comienza nuestro viaje.

Enseguida preparó lo necesario para procurarnos luz. Las galerías se iluminaron y cada cual se colocó su mochila. Alcé la cabeza y dirigí por última vez mis ojos hacia el inmenso tubo en el que se dibujaba el cielo de Islandia, temiendo no volver a verlo.

En la última erupción la lava se había abierto paso a través del túnel que atravesábamos. El interior estaba alfombrado por un barniz espeso y brillante que centuplicaba la intensidad de nuestra luz.

La marcha no era demasiado difícil. El único cuidado que teníamos que tener era el de no deslizarnos por la pendiente. Pero, por suerte, algunas hinchazones en la erosión formaban peldaños.

En las paredes, la lava porosa tomaba formas de ampollitas redondeadas y a nuestro paso cristales de cuarzo opaco suspendidos de la bóveda se encendían.

(fragmento)
Julio Verne
Francés

LOS SIETE CABRITOS

3

En los comienzos del mundo, el Sol y la Luna vivían en la Tierra. Y ocurrió que en el momento en que se conocieron se enamoraron profundamente, entonces vivieron felices el uno para el otro.

Cuando el Espíritu Creador se enteró de ese amor y que habían olvidado pedir su consentimiento, se enojó de tal manera que obligó al Sol a subir al cielo y dejó a la Luna sola en la Tierra.

A pesar de estar tan lejos, el Sol no abandonó ni un solo día a su mujer y siempre alumbraba su camino solitario.

Pasado un tiempo la Luna tuvo siete hijos. Cada uno de ellos era en tamaño, la mitad del anterior y así fue que el menor de todos resultó ser siete veces más pequeño que el mayor.

Desde el cielo, el Sol iluminaba el nacimiento de sus hijos con los rayos más cálidos. Cuando vio que su hijo menor era tan chiquito, le regaló dones mágicos para protegerlo en su vida por la Tierra.

Los niños crecieron sanos y robustos junto a su madre y cuando fueron bastante grandes, el Espíritu Creador que seguía enojado obligó también a la Luna a subir al cielo pero justo en el momento que el Sol se ocultaba en el horizonte.

Mucho lloraron los niños por el alejamiento de su madre; desde entonces jamás se separaron y juntos empezaron a recorrer la Tierra a lo largo y a lo ancho. Mientras tanto desde el cielo su padre los vigilaba de día y su madre de noche.

Pronto el chiquitín, a quien sus hermanos cuidaban con cariño, empezó a mostrar los dones que su padre le había regalado al nacer y se convirtió en el protector de sus hermanos mayores.

Así fue como vivieron muchas aventuras, hasta que un día, cansados de tanto andar solos por la Tierra, pensaron en subir al cielo para poder ver de cerca de sus padres.

20

31

42

54

69

82

101

107

128

138

146

161

176

187

200

212

228

232

244

259

276

280

293

308

316

329

245

251

(fragmento)
Leyenda peruana

LOS SIETE CABRITOS

En los comienzos del mundo, el Sol y la Luna vivían en la Tierra. Y ocurrió que en el momento en que se conocieron se enamoraron profundamente, entonces vivieron felices el uno para el otro.

Cuando el Espíritu Creador se enteró de ese amor y que habían olvidado pedir su consentimiento, se enojó de tal manera que obligó al Sol a subir al cielo y dejó a la Luna sola en la Tierra.

A pesar de estar tan lejos, el Sol no abandonó ni un solo día a su mujer y siempre alumbraba su camino solitario.

Pasado un tiempo la Luna tuvo siete hijos. Cada uno de ellos era en tamaño, la mitad del anterior y así fue que el menor de todos resultó ser siete veces más pequeño que el mayor.

Desde el cielo, el Sol iluminaba el nacimiento de sus hijos con los rayos más cálidos. Cuando vio que su hijo menor era tan chiquito, le regaló dones mágicos para protegerlo en su vida por la Tierra.

Los niños crecieron sanos y robustos junto a su madre y cuando fueron bastante grandes, el Espíritu Creador que seguía enojado obligó también a la Luna a subir al cielo pero justo en el momento que el Sol se ocultaba en el horizonte.

Mucho lloraron los niños por el alejamiento de su madre; desde entonces jamás se separaron y juntos empezaron a recorrer la Tierra a lo largo y a lo ancho. Mientras tanto desde el cielo su padre los vigilaba de día y su madre de noche.

Pronto el chiquitín, a quien sus hermanos cuidaban con cariño, empezó a mostrar los dones que su padre le había regalado al nacer y se convirtió en el protector de sus hermanos mayores.

Así fue como vivieron muchas aventuras, hasta que un día, cansados de tanto andar solos por la Tierra, pensaron en subir al cielo para poder ver de cerca de sus padres.

(fragmento)
Leyenda peruana

Amanecer.

2

Despertó repetidas veces esa noche, como suele ocurrir cuando aguardamos un día cargado de acontecimientos importantes, en cuya espera nuestros nervios actúan con su máxima sensibilidad y prontitud.

Después de todo, en su caso ello era explicable, o, si se quiere, lo normal dentro de lo insólito. En efecto, tras largo tiempo de abrigar tal ilusión, por fin había recibido la autorización de sus padres para participar en el paseo de término de curso, a varios kilómetros del pueblo. Hasta entonces, reiterada y comprensiblemente, se había invocado en cada oportunidad, para dilatar el permiso, los riesgos de las bruscas variaciones climáticas, del vado de los ríos, de las imprudencias e inexperiencia propias de su edad. Esta vez como homenaje a sus recién cumplidos doce años, se hacía fe en una mayor fortaleza y madurez de su parte para enfrentar los desafíos de la aventura.

La tensión, en verdad, había comenzado varios días antes. Había que preocuparse minuciosamente de abastecimientos y de otros preparativos. Nada podía quedar entregado al azar o a la inadvertencia, y todo, si se trataba de ser ya "grande", debía ser cuidadosamente previsto y atendido de modo personal, sin que la empresa constituyera una carga para otros.

Así fue naciendo, y luego estirándose más y más, una lista de heterogéneos elementos indispensables: mochila y botas, guantes y gorro, linterna y cortaplumas, casaca y fósforos, leche y cantimplora, huevos duros y frutas, leche y pan. Y había sido preciso rebuscar su semiolvidada presencia en algún rincón de la casa, o pedirlos prestados, o adquirir lo necesario para prepararlos y llevarlos, hasta experimentar la satisfacción de que ningún detalle quedaba pendiente o desatendido.

10

17

24

31

33

46

60

71

79

90

98

105

116

127

136

145

156

167

177

184

192

204

214

220

229

232

243

250

260

270

282

289

301

308

315

320

(fragmento)

Ernesto Livacic Gazzano
chileno

Amanecer.

Despertó repetidas veces esa noche, como suele ocurrir cuando aguardamos un día cargado de acontecimientos importantes, en cuya espera nuestros nervios actúan con su máxima sensibilidad y prontitud.

Después de todo, en su caso ello era explicable, o, si se quiere, lo normal dentro de lo insólito. En efecto, tras largo tiempo de abrigar tal ilusión, por fin había recibido la autorización de sus padres para participar en el paseo de término de curso, a varios kilómetros del pueblo. Hasta entonces, reiterada y comprensiblemente, se había invocado en cada oportunidad, para dilatar el permiso, los riesgos de las bruscas variaciones climáticas, del vado de los ríos, de las imprudencias e inexperiencia propias de su edad. Esta vez como homenaje a sus recién cumplidos doce años, se hacía fe en una mayor fortaleza y madurez de su parte para enfrentar los desafíos de la aventura.

La tensión, en verdad, había comenzado varios días antes. Había que preocuparse minuciosamente de abastecimientos y de otros preparativos. Nada podía quedar entregado al azar o a la inadvertencia, y todo, si se trataba de ser ya "grande", debía ser cuidadosamente previsto y atendido de modo personal, sin que la empresa constituyera una carga para otros.

Así fue naciendo, y luego estirándose más y más, una lista de heterogéneos elementos indispensables: mochila y botas, guantes y gorro, linterna y cortaplumas, casaca y fósforos, leche y cantimplora, huevos duros y frutas, leche y pan. Y había sido preciso rebuscar su semiolvidada presencia en algún rincón de la casa, o pedirlos prestados, o adquirir lo necesario para prepararlos y llevarlos, hasta experimentar la satisfacción de que ningún detalle quedaba pendiente o desatendido.

(fragmento)
Ernesto Livacic Gazzano
chileno

LOS MARES DE CHILE

Nadie ha navegado nunca con el solo objeto de permanecer en el mar; el interés del hombre por alcanzar tierras vecinas originó la navegación y así fue que esta se desarrolló principalmente en las costas situadas frente a otras, más o menos próximas. Los pueblos del Mediterráneo fueron necesariamente marítimos. Los Vikingos al mismo imperativo.

A pesar del progreso que ha facilitado las grandes travesías marítimas, los pueblos han seguido siendo influidos por la ley primitiva: la de navegar para alcanzar costas próximas. Por ello, aquellos situados frente a las más vastas extensiones oceánicas son los que menos han desarrollado espíritu marítimo.

Es el caso de Chile. Nuestro largo litoral es un balcón abierto de par en par ante el enorme Pacífico; dos mil millas nos separan de Pascua, la isla polinésica más cercana a nosotros; Juan Fernández no atrae más que a escasos turistas; el comercio de la langosta es limitado, tanto en la isla como en San Félix y San Ambrosio.

Nuestro balcón abierto ofrece un incomparable punto de vista sobre el Pacífico, pero nos expone a fuertes vientos durante casi todo el año. Nuestros estuarios y puertos abrigados son escasos. El mar de Chile es cruel.

Por eso, entre las razas aborígenes contamos con sólo dos de navegantes: los alacalufes y los changos. Las verdaderas habitaciones de los alacalufes son las canoas de corteza con que recorren los canales magallánicos. De esta raza subsisten unos cien o ciento cincuenta individuos, consagrados, como sus ancestros, a la caza de nutrias. Son los últimos representantes de un pueblo nómada que los traficantes de pieles y los aventureros de los canales han casi exterminado.

Las aguas tranquilas de los canales, la abundancia de caletas, islas y ensenadas, hicieron de los alacalufes una raza de navegantes, la cual no ha salido jamás de su primitivismo ancestral y ha llegado a su crepúsculo sin otro progreso que el haber cubierto de harapos su antigua desnudez y de haber reemplazado algunas de sus canoas de corteza por chalupas de madera.

4
19
31
43
55
64
76
90
104
114
116
133
148
161
176
184
195
209
224
236
249
261
272
287
301
307
321
336
349
362
373
375

(fragmento)
Salvador Reyes
chileno

LOS MARES DE CHILE

Nadie ha navegado nunca con el solo objeto de permanecer en el mar; el interés del hombre por alcanzar tierras vecinas originó la navegación y así fue que esta se desarrolló principalmente en las costas situadas frente a otras, más o menos próximas. Los pueblos del Mediterráneo fueron necesariamente marítimos. Los Vikingos al mismo imperativo.

A pesar del progreso que ha facilitado las grandes travesías marítimas, los pueblos han seguido siendo influidos por la ley primitiva: la de navegar para alcanzar costas próximas. Por ello, aquellos situados frente a las más vastas extensiones oceánicas son los que menos han desarrollado espíritu marítimo.

Es el caso de Chile. Nuestro largo litoral es un balcón abierto de par en par ante el enorme Pacífico; dos mil millas nos separan de Pascua, la isla polinésica más cercana a nosotros; Juan Fernández no atrae más que a escasos turistas; el comercio de la langosta es limitado, tanto en la isla como en San Félix y San Ambrosio.

Nuestro balcón abierto ofrece un incomparable punto de vista sobre el Pacífico, pero nos expone a fuertes vientos durante casi todo el año. Nuestros estuarios y puertos abrigados son escasos. El mar de Chile es cruel.

Por eso, entre las razas aborígenes contamos con sólo dos de navegantes: los alacalufes y los changos. Las verdaderas habitaciones de los alacalufes son las canoas de corteza con que recorren los canales magallánicos. De esta raza subsisten unos cien o ciento cincuenta individuos, consagrados, como sus ancestros, a la caza de nutrias. Son los últimos representantes de un pueblo nómada que los traficantes de pieles y los aventureros de los canales han casi exterminado.

Las aguas tranquilas de los canales, la abundancia de caletas, islas y ensenadas, hicieron de los alacalufes una raza de navegantes, la cual no ha salido jamás de su primitivismo ancestral y ha llegado a su crepúsculo sin otro progreso que el haber cubierto de harapos su antigua desnudez y de haber reemplazado algunas de sus canoas de corteza por chalupas de madera.

(fragmento)
Salvador Reyes
chileno

CABO DE HORNOS

Las primeras noticias las supimos de un cúter lobero que encontramos fondeado detrás de unas rocas en Bahía Desolada, esa abertura de la ruta más austral del mundo, en canal Beagle, a donde van a reventar las gruesas olas que vienen rodando desde el Cabo de Hornos.

Es el caso más extraño de los que he oído hablar en mi larga vida de cazador – dijo el viejo lobero Pascualini, desde la borda de su embarcación, y continuó -: Yo no lo he visto; pero los tripulantes de una goleta que encontramos ayer, de amanecida, en el Canal Ocasión, estaban aterrados por la aparición de un témpano muy raro en medio del temporal que los sorprendió al atravesar el paso Brecknock; más que la tempestad, fue la persecución de aquella enorme masa de hielo, dirigida por un fantasma, un aparecido o qué sé yo, pues no creo en patrañas, lo que obligó a esa goleta a refugiarse en el Canal.

El Paso Brecknock, tan formidable como la dura trabazón de sus consonantes, es muy corto: pero sus olas se empinan como cráteres y van a estallar junto a los peñones sombríos que se levantan a gran altura y caen, revolcándose de tal manera, que todos los navegantes sufren una pesadilla al atravesarlo.

Y esto no es nada – continuó el viejo Pascualini, mientras cambiaba unos cueros por aguardiente con el patrón de nuestro cúter -; el austríaco Mateo, que me anda haciendo la competencia con su desmantelado “Bratza”, me contó haber visto al témpano fantasma detrás de la isla Diablo, esa maldita roca negra que marca la entrada de los brazos noroeste y suroeste del Canal Beagle. Iniciaban una bordada sobre este último, cuando detrás de la roca apareció la visión terrorífica que pasó rozando la obra muerta del “Bratza”.

3

14

28

44

54

70

85

100

115

128

143

158

177

179

191

207

222

234

237

250

264

276

289

102

116

129

131

(fragmento)
Francisco Coloane
chileno

CABO DE HORNOS

Las primeras noticias las supimos de un cúter lobero que encontramos fondeado detrás de unas rocas en Bahía Desolada, esa abertura de la ruta más austral del mundo, en canal Beagle, a donde van a reventar las gruesas olas que vienen rodando desde el Cabo de Hornos.

Es el caso más extraño de los que he oído hablar en mi larga vida de cazador – dijo el viejo lobero Pascualini, desde la borda de su embarcación, y continuó -: Yo no lo he visto; pero los tripulantes de una goleta que encontramos ayer, de amanecida, en el Canal Ocasión, estaban aterrados por la aparición de un témpano muy raro en medio del temporal que los sorprendió al atravesar el paso Brecknock; más que la tempestad, fue la persecución de aquella enorme masa de hielo, dirigida por un fantasma, un aparecido o qué sé yo, pues no creo en patrañas, lo que obligó a esa goleta a refugiarse en el Canal.

El Paso Brecknock, tan formidable como la dura trabazón de sus consonantes, es muy corto: pero sus olas se empinan como cráteres y van a estallar junto a los peñones sombríos que se levantan a gran altura y caen, revolcándose de tal manera, que todos los navegantes sufren una pesadilla al atravesarlo.

Y esto no es nada – continuó el viejo Pascualini, mientras cambiaba unos cueros por aguardiente con el patrón de nuestro cúter -; el austríaco Mateo, que me anda haciendo la competencia con su desmantelado “Bratza”, me contó haber visto al témpano fantasma detrás de la isla Diablo, esa maldita roca negra que marca la entrada de los brazos noroeste y suroeste del Canal Beagle. Iniciaban una bordada sobre este último, cuando detrás de la roca apareció la visión terrorífica que pasó rozando la obra muerta del “Bratza”.

(fragmento)
Francisco Coloane
chileno

La casita de caramelo.

5

Había una casita de caramelo.

11

Tenía las paredes de turrón.

17

El techo era de chocolate.

23

Las puertas y las ventanas de caramelo de menta.

30

33

Los muebles eran de caramelo de fresa.

41

Menos el colchón de la cama que era de chicle.

50

52

Un día llovió.

56

Y la casa se deshizo dulcemente, poquito a poco.

63

67

La casita de caramelo.

Había una casita de caramelo.

Tenía las paredes de turrón.

El techo era de chocolate.

Las puertas y las ventanas de caramelo de menta.

Los muebles eran de caramelo de fresa.

Menos el colchón de la cama que era de chicle.

Un día llovió.

Y la casa se deshizo dulcemente, poquito a poco.

LA ESCUELA DEL FONDO DEL MAR

6

El buzo que baja
a sacar las llaves
del fondo del mar
puede ver la escuela
de don Calamar.

Sobre finos bancos
de rojo coral
treinta pecesillos
estudiando están.

A todos atiende
el buen calamar:
con un brazo enseña
a escribir la a;
con otro a sumar;
con otro a restar;
con otro señala
al que hablando está;
con el sexto enseña
a multiplicar;
y con dos da ritmo
al suave cantar
que unas sirenitas
dicen sin parar.

10

14

18

22

26

29

32

34

37

40

44

48

53

58

63

66

71

75

78

83

86

89

93

**Montserrat del Toral
chilena**

LA ESCUELA DEL FONDO DEL MAR

El buzo que baja
a sacar las llaves
del fondo del mar
puede ver la escuela
de don Calamar.

Sobre finos bancos
de rojo coral
treinta pecesillos
estudiando están.

A todos atiende
el buen calamar:
con un brazo enseña
a escribir la a;
con otro a sumar;
con otro a restar;
con otro señala
al que hablando está;
con el sexto enseña
a multiplicar;
y con dos da ritmo
al suave cantar
que unas sirenitas
dicen sin parar.

**Montserrat del Toral
chilena**

AVENTURAS DEL SEÑOR CONEJO

Estaba el señor Conejo escondido entre las matas del bosque, cuando vio pasar al señor Zorro con un saco muy pesado al hombro.

Al Conejo le pareció que dentro del saco chillaba algún animal; tal vez sería la señora Tortuga, muy amiga suya, y quiso librarla del poder del Zorro, aunque le costara mucho trabajo.

Echó a correr con todas sus fuerzas hacia la casa del astuto animal y llegó antes que él. Entró en el jardín que Tenía el Zorro y arrancó unas plantas y algunas flores. Después se escondió debajo de un rosal y esperó la llegada del ladrón de gallinas.

Al poco rato llegó y dejó el saco dentro de la casa. Entonces el Conejo se puso a gritar: ¡Señor Zorro, que le están robando las flores!

Salió corriendo al jardín para perseguir a los ladrones, pero sólo encontró una porción de flores en el suelo.

Entretanto, el señor Conejo entró en la casa del Zorro; sacó ligerito a la señora Tortuga del saco; tomó después un panal de abejas, lo metió dentro del saco, lo ató bien con una cuerda y lo sacudió para que se despertaran las abejas. Inmediatamente salieron de allí el Conejo y la Tortuga y se fueron al bosque corriendo.

Cuando el Zorro se cansó de buscar a los ladrones, entró en casa y se puso a soltar a la Tortuga. Pero al abrir el saco, salieron las abejas furiosas, y dejaron al pobre animal hinchado de picaduras. Para librarse de las abejas, se fue corriendo al río y se tiró de cabezas; después pasó la noche entre las zarzas del bosque.

A la mañana siguiente, estaba todavía muy afligido por las picaduras de las abejas y se fue de nuevo a bañar. En el río encontró al señor Conejo, que estaba lavándose las orejas, y cuando vio al Zorro tan hinchado de picaduras de abeja, le dijo:

- Eso te está muy bien: así aprenderás a no abusar con la Tortuga, que es tan buena y no hace daño a nadie.

4

13

25

29

39

53

64

66

77

90

101

111

117

130

144

149

159

170

182

193

208

218

228

236

248

263

274

286

299

306

316

331

341

353

358

370

384

Amanda Labarca
chilena

AVENTURAS DEL SEÑOR CONEJO

Estaba el señor Conejo escondido entre las matas del bosque, cuando vio pasar al señor Zorro con un saco muy pesado al hombro.

Al Conejo le pareció que dentro del saco chillaba algún animal; tal vez sería la señora Tortuga, muy amiga suya, y quiso librarla del poder del Zorro, aunque le costara mucho trabajo.

Echó a correr con todas sus fuerzas hacia la casa del astuto animal y llegó antes que él. Entró en el jardín que Tenía el Zorro y arrancó unas plantas y algunas flores. Después se escondió debajo de un rosal y esperó la llegada del ladrón de gallinas.

Al poco rato llegó y dejó el saco dentro de la casa. Entonces el Conejo se puso a gritar: ¡Señor Zorro, que le están robando las flores!

Salió corriendo al jardín para perseguir a los ladrones, pero sólo encontró una porción de flores en el suelo.

Entretanto, el señor Conejo entró en la casa del Zorro; sacó ligerito a la señora Tortuga del saco; tomó después un panal de abejas, lo metió dentro del saco, lo ató bien con una cuerda y lo sacudió para que se despertaran las abejas. Inmediatamente salieron de allí el Conejo y la Tortuga y se fueron al bosque corriendo.

Cuando el Zorro se cansó de buscar a los ladrones, entró en casa y se puso a soltar a la Tortuga. Pero al abrir el saco, salieron las abejas furiosas, y dejaron al pobre animal hinchado de picaduras. Para librarse de las abejas, se fue corriendo al río y se tiró de cabezas; después pasó la noche entre las zarzas del bosque.

A la mañana siguiente, estaba todavía muy afligido por las picaduras de las abejas y se fue de nuevo a bañar. En el río encontró al señor Conejo, que estaba lavándose las orejas, y cuando vio al Zorro tan hinchado de picaduras de abeja, le dijo:

- Eso te está muy bien: así aprenderás a no abusar con la Tortuga, que es tan buena y no hace daño a nadie.

Amanda Labarca
chilena

LAS ESTRELLAS

Al contemplar el cielo en una noche despejada podemos observar, a simple vista, unas 2.000 estrellas. Con ayuda de unos prismáticos, cabe multiplicar esta cifra por diez, y un telescopio potente nos revelará varios millones de ellas.

Lo que primero nos llama la atención es que algunas estrellas sean mucho más brillantes que otras. Esto puede significar: o bien que todas las estrellas tienen diferente brillo y se hallan sensiblemente a la misma distancia de nosotros, o bien que tienen brillo similar pero se encuentran a distancias diferentes. La explicación real se halla en medio de estas dos alternativas. Las estrellas tienen diferente brillo y se encuentran a diferentes distancias de nosotros.

Por lo tanto, el brillo que vemos desde la Tierra no guarda relación con el verdadero brillo de la estrella. Una estrella de luz realmente débil puede parecernos más brillante que una estrella decididamente luminosa que se encuentre más lejos. Tolomeo, el famoso astrónomo de la antigüedad, fue uno de los primeros en clasificar las estrellas con respecto a su brillo aparente, y calificó a veinticinco de las estrellas más brillantes del firmamento como "estrellas de primera magnitud". Denominó "estrellas de sexta magnitud" a las que apenas resultan perceptibles a simple vista y agrupó a las demás estrellas visibles en segunda, tercera, cuarta y quinta magnitudes.

Los astrónomos actuales todavía usan la misma escala, pero han perfeccionado la clasificación original de Tolomeo. En general, se ha descubierto que una estrella de primera magnitud es unas cien veces más brillante que una estrella de sexta magnitud y, por lo tanto, se ha ajustado la escala de modo que una estrella de primera magnitud sea exactamente 100 veces más brillante que una de sexta. En nuestros días, al poder ver los astrónomos estrellas mucho más débiles que las de sexta magnitud, la escala ha sido ampliada para darles cabida.

Otra forma de averiguar el brillo de una estrella es comparar a éste con el del Sol. Entonces hablamos de luminosidad de las estrellas. Sirio tiene una luminosidad de 26. Algunas estrellas tienen luminosidades muy inferiores a las del Sol, y otras las tienen varios miles superiores.

2

14

28

41

45

57

71

83

97

110

121

126

141

155

165

179

192

204

215

227

240

242

253

265

277

293

305

321

334

342

356

370

380

394

(fragmento)
Kenneth Bailey
norteamericano

LAS ESTRELLAS

Al Contemplar el cielo en una noche despejada podemos observar, a simple vista, unas 2.000 estrellas. Con ayuda de unos prismáticos, cabe multiplicar esta cifra por diez, y un telescopio potente nos revelará varios millones de ellas.

Lo que primero nos llama la atención es que algunas estrellas sean mucho más brillantes que otras. Esto puede significar: o bien que todas las estrellas tienen diferente brillo y se hallan sensiblemente a la misma distancia de nosotros, o bien que tienen brillo similar pero se encuentran a distancias diferentes. La explicación real se halla en medio de estas dos alternativas. Las estrellas tienen diferente brillo y se encuentran a diferentes distancias de nosotros.

Por lo tanto, el brillo que vemos desde la Tierra no guarda relación con el verdadero brillo de la estrella. Una estrella de luz realmente débil puede parecernos más brillante que una estrella decididamente luminosa que se encuentre más lejos. Tolomeo, el famoso astrónomo de la antigüedad, fue uno de los primeros en clasificar las estrellas con respecto a su brillo aparente, y calificó a veinticinco de las estrellas más brillantes del firmamento como "estrellas de primera magnitud". Denominó "estrellas de sexta magnitud" a las que apenas resultan perceptibles a simple vista y agrupó a las demás estrellas visibles en segunda, tercera, cuarta y quinta magnitudes.

Los astrónomos actuales todavía usan la misma escala, pero han perfeccionado la clasificación original de Tolomeo. En general, se ha descubierto que una estrella de primera magnitud es unas cien veces más brillante que una estrella de sexta magnitud y, por lo tanto, se ha ajustado la escala de modo que una estrella de primera magnitud sea exactamente 100 veces más brillante que una de sexta. En nuestros días, al poder ver los astrónomos estrellas mucho más débiles que las de sexta magnitud, la escala ha sido ampliada para darles cabida.

Otra forma de averiguar el brillo de una estrella es comparar a éste con el del Sol. Entonces hablamos de luminosidad de las estrellas. Sirio tiene una luminosidad de 26. Algunas estrellas tienen luminosidades muy inferiores a las del Sol, y otras las tienen varios miles superiores.

(fragmento)
Kenneth Bailey
norteamericano

EL MUÑECO DE JULIÁN

Desde pequeño, Julián se entretenía en hacer muñecos. Los formaba de barro, de género y con cuanto estaba al alcance de sus manos. Con una papa, una zanahoria, una remolacha o un pedazo de madera hacía un lindo muñeco.

Cuando salió de la escuela ayudaba en sus tareas a su padre, modesto zapatero remendón, pero en las horas libres hacía muñecos. Algún tiempo después, sus muñecos fueron de trapo, con relleno de aserrín. Para vestirlos se esmeró en aprender a manejar la tijera y la aguja.

A los veinte años de edad Julián fabricó el primer muñeco casi perfecto. Era un hombre de tamaño natural, vestido con ropa usada, pero correcta, y cuyo rostro era una notable obra de arte.

4

16

32

47

50

64

77

91

104

116

131

143

(fragmento)
Constancio C. Vigil
uruguayo

EL MUÑECO DE JULIÁN

Desde pequeño, Julián se entretenía en hacer muñecos. Los formaba de barro, de género y con cuanto estaba al alcance de sus manos. Con una papa, una zanahoria, una remolacha o un pedazo de madera hacía un lindo muñeco.

Cuando salió de la escuela ayudaba en sus tareas a su padre, modesto zapatero remendón, pero en las horas libres hacía muñecos. Algún tiempo después, sus muñecos fueron de trapo, con relleno de aserrín. Para vestirlos se esmeró en aprender a manejar la tijera y la aguja.

A los veinte años de edad Julián fabricó el primer muñeco casi perfecto. Era un hombre de tamaño natural, vestido con ropa usada, pero correcta, y cuyo rostro era una notable obra de arte.

(fragmento)
Constancio C. Vigil
uruguayo

El anillo del pastor.

5

Había una vez un pastor que apacentaba su rebaño en los campos que rodean a Roma. Por la noche, retiraba las ovejas del redil, comía un poco de pan y queso, se tendía sobre la paja y dormía. De día, siempre fuera con las ovejas y el perro, con sol o tramontana, agua o viento. Lejos de casa durante meses y meses, siempre solo. Es dura la vida del pastor.

Una noche, cuando se iba a acostar, oyó una voz que le llamaba.

- ¡Pastor! ¡Pastor!

- ¿Quién es? ¿Quién me llama?

- Amigos, pastor, amigos.

- La verdad es que, aparte de mi perro, no tengo muchos amigos. ¿Quién es usted?

- Sólo un caminante, pastor. He andado durante todo el día y tengo que caminar todo el de mañana. Yo no tengo dinero para trenes. Me he quedado sin cena y provisiones. He pensado que a lo mejor tú...

- Entre y siéntese. No tengo más que pan y queso. La leche no falta para beber. Si se da por contento, sírvase.

- Gracias, eres muy generoso. Buen queso este. ¿Lo has hecho tú?

- Con mis propias manos. El pan es un poco viejo, hasta mañana no me lo traerán fresco. Si fuese ya mañana por la noche...

- No te preocupes, este pan también es excelente. Cuando se tiene hambre es mejor el pan pasado hoy que el fresco mañana.

- Veo que está al tanto de los problemas del estómago.

14

26

38

51

63

73

85

87

99

103

109

118

124

136

144

153

165

176

186

187

199

212

214

224

230

242

253

257

267

277

282

291

293

(fragmento)
Gianni Rodari
italiano

El anillo del pastor.

Había una vez un pastor que apacentaba su rebaño en los campos que rodean a Roma. Por la noche, retiraba las ovejas del redil, comía un poco de pan y queso, se tendía sobre la paja y dormía. De día, siempre fuera con las ovejas y el perro, con sol o tramontana, agua o viento. Lejos de casa durante meses y meses, siempre solo. Es dura la vida del pastor.

Una noche, cuando se iba a acostar, oyó una voz que le llamaba.

- ¡Pastor! ¡Pastor!
- ¿Quién es? ¿Quién me llama?
- Amigos, pastor, amigos.
- La verdad es que, aparte de mi perro, no tengo muchos amigos. ¿Quién es usted?
- Sólo un caminante, pastor. He andado durante todo el día y tengo que caminar todo el de mañana. Yo no tengo dinero para trenes. Me he quedado sin cena y provisiones. He pensado que a lo mejor tú...
- Entre y siéntese. No tengo más que pan y queso. La leche no falta para beber. Si se da por contento, sírvase.
- Gracias, eres muy generoso. Buen queso este. ¿Lo has hecho tú?
- Con mis propias manos. El pan es un poco viejo, hasta mañana no me lo traerán fresco. Si fuese ya mañana por la noche...
- No te preocupes, este pan también es excelente. Cuando se tiene hambre es mejor el pan pasado hoy que el fresco mañana.
- Veo que está al tanto de los problemas del estómago.

(fragmento)
Gianni Rodari
italiano

FRONTERA NORTE

Despierta el valle de Azapa. La camioneta corta veloz el fresco del amanecer. Olor a tierra húmeda envuelve el paisaje, se escurre por las hojas de los plátanos, y se desparrama por entre los huertos.

Pasan diez, veinte kilómetros. De pronto el camino se lanza contra los cerros que encajonan el valle y, con parsimoniosas curvas, sube a una larga planicie que termina en la seca y pedregosa quebrada de Camarones, llamada sí por la abundancia de enormes cactus candelabros, a los que se denominan cardones. Dicha quebrada sería en extremo interesante y pintoresca, si el áspero camino que la torna aburrida y cansadora, permitiera disfrutar del panorama.

Al fin, a unos cien kilómetros de Arica, salimos a otra pampa a cuyo término está el paradero de Zapahuira, a corta distancia del caserío prehispánico del mismo nombre, apartado del camino. Arqueológicamente este sitio tiene mucho interés por la abundancia de cementerios indígenas en sus alrededores. También existen allí tambos antiguos, cuyas camas, fabricadas con una mezcla de tierra y piedras, se mantienen hace siglos. Subiendo, es el primer sitio donde se encuentran cultivos en andenes.

Unas tazas de café, una breve revisión del vehículo, y nos lanzamos a trepar los veinte kilómetros que nos separan del portezuelo de Chapiquiña, situado mil cuatrocientos metros más arriba.

Ahora la vegetación es abundante. Entre el ichu, llamado también paja brava, y la tola, asoma la cúpula verde de pequeñas yaretas. Y la queñua, ese atormentado árbol de las grandes alturas, se insinúa aquí como un arbusto. Rebaños de llamas ramonean por cerros y barrancos salpicados de flores silvestres. A la distancia, manchas de alfalfa cultivadas en terrazas brillan como jade en la falda gris de los cerros. Y desde la cumbre, envuelto en espuma, el río Lauca se despeña de cascada en cascada.

2
15
30
42
56
71
83
97
107
121
125
141
153
164
176
188
204
214
229
241
248
261
279
292
304
317
334
347

(fragmento)
Alfredo Wormald
chileno

FRONTERA NORTE

Despierta el valle de Azapa. La camioneta corta veloz el fresco del amanecer. Olor a tierra húmeda envuelve el paisaje, se escurre por las hojas de los plátanos, y se desparrama por entre los huertos.

Pasan diez, veinte kilómetros. De pronto el camino se lanza contra los cerros que encajonan el valle y, con parsimoniosas curvas, sube a una larga planicie que termina en la seca y pedregosa quebrada de Camarones, llamada sí por la abundancia de enormes cactus candelabros, a los que se denominan cardones. Dicha quebrada sería en extremo interesante y pintoresca, si el áspero camino que la torna aburrida y cansadora, permitiera disfrutar del panorama.

Al fin, a unos cien kilómetros de Arica, salimos a otra pampa a cuyo término está el paradero de Zapahuira, a corta distancia del caserío prehistórico del mismo nombre, apartado del camino. Arqueológicamente este sitio tiene mucho interés por la abundancia de cementerios indígenas en sus alrededores. También existen allí tambos antiguos, cuyas camas, fabricadas con una mezcla de tierra y piedras, se mantienen hace siglos. Subiendo, es el primer sitio donde se encuentran cultivos en andenes.

Unas tazas de café, una breve revisión del vehículo, y nos lanzamos a trepar los veinte kilómetros que nos separan del portezuelo de Chapiquiña, situado mil cuatrocientos metros más arriba.

Ahora la vegetación es abundante. Entre el ichu, llamado también paja brava, y la tola, asoma la cúpula verde de pequeñas yaretas. Y la queñua, ese atormentado árbol de las grandes alturas, se insinúa aquí como un arbusto. Rebaños de llamas ramonean por cerros y barrancos salpicados de flores silvestres. A la distancia, manchas de alfalfa cultivadas en terrazas brillan como jade en la falda gris de los cerros. Y desde la cumbre, envuelto en espuma, el río Lauca se despeña de cascada en cascada.

(fragmento)
Alfredo Wormald
chileno

ATARDECER

El día fue ardiente y húmedo. Alargadas y espesas nubes azules se ciernen sobre amarillento y pálido cielo del ocaso. Gravitando inmóviles y extrañas, se aureolan de un fulgor cárdeno y oro cada vez más mortecino. El aire está extraordinariamente límpido y quieto, y todo él saturado, hasta la saciedad, del graso y tibio olor de las hojas maduras que fermentan y de la tierra húmeda que pudre los despojos del bosque.

Al oriente, más allá del angosto valle, por sobre otros cerros, se yergue la visión de las cordilleras nevadas. Las altas cumbres están en sombras. La nieve en ellas es de un blanco verdoso, pálido y sutil. El invisible sol poniente bañe, de la inmensa mole andina, sólo la base de las laderas abruptas que arden en un rojo carmesí, acusando en rasgos netos, de un contraste violento, las caprichosas quebradas llenas de profundas sombras violetas. Lentos suben hacia lo alto de los rayos del sol.

Las nieves se encienden, y mientras por la base de las montañas, con cendales de bruma, trepa, azul, la noche, a esa hora todos los valles de Chile se iluminan lentos con el resplandor de las altas nieves lejanas. Es una luz rosa, suave e incierta, como la primera que fluye, débil, de las lámparas encendidas al crepúsculo.

Las cordilleras lentamente se apagan. Grises, parecen aún más lejanas. Detrás de ellas, con una suavidad inenarrable, en marea avasalladora, la noche asciende con sus aguas sutiles, de un indefinible verde azul, pleno de quietud y transparencia.

Y han nacido y brillan innumerables estrellas.

En el aire lavado por la lluvia, hasta a los astros más pequeños se los distingue con claridad. Todos resplandecen nítidos. Parece que esa noche la alumbrara un número doblemente infinito de mundos desconocidos.

1

14

26

42

56

72

81

98

112

129

145

159

170

181

196

215

230

247

251

264

278

293

297

305

321

334

343

(fragmento)
Pedro Prado
chileno

ATARDECER

El día fue ardiente y húmedo. Alargadas y espesas nubes azules se ciernen sobre amarillento y pálido cielo del ocaso. Gravitando inmóviles y extrañas, se aureolan de un fulgor cárdeno y oro cada vez más mortecino. El aire está extraordinariamente límpido y quieto, y todo él saturado, hasta la saciedad, del graso y tibio olor de las hojas maduras que fermentan y de la tierra húmeda que pudre los despojos del bosque.

Al oriente, más allá del angosto valle, por sobre otros cerros, se yergue la visión de las cordilleras nevadas. Las altas cumbres están en sombras. La nieve en ellas es de un blanco verdoso, pálido y sutil. El invisible sol poniente bañe, de la inmensa mole andina, sólo la base de las laderas abruptas que arden en un rojo carmesí, acusando en rasgos netos, de un contraste violento, las caprichosas quebradas llenas de profundas sombras violetas. Lentos suben hacia lo alto de los rayos del sol.

Las nieves se encienden, y mientras por la base de las montañas, con cendales de bruma, trepa, azul, la noche, a esa hora todos los valles de Chile se iluminan lentos con el resplandor de las altas nieves lejanas. Es una luz rosa, suave e incierta, como la primera que fluye, débil, de las lámparas encendidas al crepúsculo.

Las cordilleras lentamente se apagan. Grises, parecen aún más lejanas. Detrás de ellas, con una suavidad inenarrable, en marea avasalladora, la noche asciende con sus aguas sutiles, de un indefinible verde azul, pleno de quietud y transparencia.

Y han nacido y brillan innumerables estrellas.

En el aire lavado por la lluvia, hasta a los astros más pequeños se los distingue con claridad. Todos resplandecen nítidos. Parece que esa noche la alumbrara un número doblemente infinito de mundos desconocidos.

(fragmento)
Pedro Prado
chileno